Belén Valenzuela

El país de Lauz

Platero
COOLBOOKS

Título: El país de Lauz
Primera edición: septiembre, 2025
© 2025, del texto Belén Valenzuela.
© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.
© Platero Editorial S.L.
Glorieta Fernando Quiñones s/n .
Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)
info@plateroeditorial.es
www.plateroeditorial.es
Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.
Printed in Spain-Impreso en España
Depósito legal: SE 2261-2025
ISBN: 979-13-87720-35-3

Para los que miramos a las estrellas y pedimos un deseo.

Índice

Capítulo 1 Demomag y Luzmag 9
Capítulo 2 La escapada 13
Capítulo 3 Masi 19
Capítulo 4 Provisiones 27
Capítulo 5 Anail de Algur 33
Capítulo 6 La aldea de Nazae 39
Capítulo 7 La madre de Meli 43
Capítulo 8 Elda de Niveo 49
Capítulo 9 El prado 55
Capítulo 10 Saleri 59
Capítulo 11 El entrenamiento 65
Capítulo 12 Inig 69
Capítulo 13 Amor, la cocinera 73
Capítulo 14 El comandante Goruk 79
Capítulo 15 El agujero negro 87
Capítulo 16 El pueblo de los murcill 97
Capítulo 17 La laguna de las sirenas 105
Capítulo 18 La pradera de las brumls 109
Capítulo 19 La aldea de Cubae 119
Capítulo 20 Jex 129
Capítulo 21 El tablero del oráculo 137
Capítulo 22 La bruja de la ciénaga 143

Capítulo 23 Druimen, el pueblo de los druidas..... 149
Capítulo 24 Kalia, la guerrera 157
Capítulo 25 El desierto de Malau 163
Capítulo 26 El cementerio de los fantasmas 167
Capítulo 27 El dragón blanco 175
Capítulo 28 El castillo de sangre 183
Capítulo 29 El regreso a las ciudades..... 191

Epílogo 201
El libro de las flores de Meli 207
Agradecimientos..... 209

Capítulo 1

Demomag y Luzmag

El bonito y grande país de Lauz se constituía de varias ciudades, cada una con sus peculiaridades, vivían en paz, excepto las ciudades de Demomag y Luzmag, que estaban en guerra entre ellas.

En la ciudad de Demomag habitaban, en su mayoría, magos que tenían como peculiaridades el pelo moreno y unos ojos turquesa que los identificaba como habitantes de allí, además, eran altos, corpulentos y fuertes. Contaban con poderes, como comunicarse con los animales e invocar a seres extraordinarios, y dominaban muy bien el manejo de la catana.

En la ciudad de Luzmag, sus habitantes también, en su mayoría, eran magos, pero tenían unos rasgos completamente diferentes a los de la ciudad de Demomag; pues eran rubios, con ojos verdes, altos y delgados. Entre sus poderes estaban la invisibilidad y el control de los fenómenos atmosféricos, además de ser muy hábiles con la espada.

Lauz era un país muy grande en el que cohabitaban seres de diferentes características, numerosos animales, árboles y plantas muy peculiares. Había animales y seres peligrosos, pero sus habitantes intentaban vivir en armonía, a excepción del enfrentamiento de las dos ciudades limítrofes que, aunque estaban acostumbrados a sus diversos conflictos, los habitantes de las otras ciudades soñaban con que se

terminara algún día la guerra entre ellas.

En la ciudad de Demomag reinaba un mago imponente y serio, se llamaba Oku y tenía un hijo de su segundo matrimonio, ya que de su primera mujer no pudo obtener descendencia, pues esta había muerto de una repentina enfermedad años atrás; este era su único hijo, tenía diez años y se llamaba Aris, su madre había muerto en el parto y le había criado su padre.

Aris había heredado la robustez de su padre y desde muy pequeño se entrenaba en el arte de la catana. Quería ser algún día como él, un mago fuerte y temerario.

Los habitantes de Demomag prestaban obediencia a Oku pues, aunque imponía su voluntad por encima de todo, con él nos les faltaba de nada y se sentían protegidos.

Aris practicaba todos los días con su maestro, un mago muy experimentado en el arte de la comunicación con animales e invocación de seres paranormales, aunque estos últimos le infundían respeto y algo de temor, ya que eran impredecibles.

—Hay que tener cuidado, Aris, invocar a algunos seres puede generar un desastre irrevocable —le decía siempre su maestro.

—Lo sé, maestro, tendré cuidado —contestaba siempre Aris.

Después de practicar, dedicaba tiempo a estudiar libros sobre su país, de las ciudades y pueblos que los habitaban y de los seres que convivían allí. Soñaba con el momento de ir de expedición y de acabar con su ciudad enemiga, no sabía cuál era el motivo de sus enemistades, pero no le importaba, si su padre lo decía era motivo suficiente.

La ciudad de Luzmag estaba gobernada por un matrimonio que tenía dos hijas, una de diez y otra de ocho años: Mill y Meli. La primera era coqueta, le gustaba vestirse con trajes de princesa y soñar con soberanos, en cambio, a Meli, aunque era la más pequeña, le encantaba el arte de la magia

y entrenaba con la espada, su padre le había dejado como capricho el uso de esa arma, pues en Luzmag no se entrenaba a las mujeres para la lucha. Meli había llegado a dominar la lluvia.

—Otra vez lluvia, Meli, me voy a mojar el vestido nuevo —protestó Mill.

—Ja, ja, ja, si tienes muchos vestidos —contestó orgullosa su hermana.

—Eres terrible, así no vas a encontrar esposo cuando seas mayor —indicó Mill, indignada por tener el vestido mojado.

—Yo no quiero un esposo, Mill, yo quiero descubrir mi país y hacer amigos en todos los lugares —expresó Meli ilusionada.

—Sabes que, cuando cumplas los veinte años, tendrás que casarte —sentenció Mill con la frase que siempre le repetía su padre.

Pero Meli no contestó, de carácter eran muy diferentes: Mill era introvertida y seria, Meli era divertida, soñadora y muy empática. Meli soñaba y creía en la paz con todos los habitantes de su país y, cuando fuera adulta, quería ir a Demomag a tenderles la mano. «Todos viviremos felices y en paz», pensaba.

Capítulo 2
La escapada

Cuando tenía quince años, Aris, convencido por su amigo Bell, que era hijo de un consejero de su padre y eran amigos desde la infancia, decidieron ir a Luzmag para ver a lo que se enfrentarían en unos años. Sentían curiosidad, les habían dicho que eran personas malvadas y sin piedad las que habitaban en aquella ciudad.

Se escaparon por el sótano del castillo, que tenía un portalón por el que se accedía al bosque, tendrían que atravesarlo con cuidado, pues se decía que en aquel bosque frondoso que separaba las dos ciudades moraban seres peligrosos, y también tendrían que ir con mesura para no ser vistos, si su padre se enteraba sufrirían un castigo severo.

Los dos llevaban sus respectivas catanas por lo que pudiera acaecer, cuando, de repente, Bell se sobresaltó porque vio salir algo muy rápido de un matorral.

—Ja, ja, ja, es solo un conejo. —Se rio Aris.

Continuaron, llegaron a un puente de madera, que estaba lleno de hojas que el viento había movido, y entonces empezó a caer lluvia.

—Será mejor que demos la vuelta, ha sido mala idea venir hasta aquí —dijo Bell.

—Pero si eras tú el que quería venir, ahora te estás acobardando, yo voy a seguir, tú haz lo que quieras —comentó Aris.

—Prefiero quedarme aquí por si tuviera que avisar para que nos rescataran —expresó Bell temeroso.

—Tú mismo —dijo Aris.

Aris continuó, a pesar de estar mojado, era más la curiosidad de ver aquel lugar que el posible constipado que pudiera tener al día siguiente.

Llegó a un claro del bosque, se sentó para sacar el agua de sus botas y entonces escuchó la risa de una chica. Aris se escondió detrás de un árbol y espió.

—Meli, vámonos ya, papá nos va a regañar, nos hemos ido muy lejos —dijo Mill.

—No te preocupes, yo te protegeré con mi espada —indicó Meli levantando su espada hacia el cielo.

—Estoy empapada, no aguanto más, me voy —dictó Mill.

—De acuerdo, yo me quedaré un poco más —dijo Meli a su hermana, mientras veía cómo esta se iba.

En ese momento, Meli empezó a dar vueltas con la cabeza mirando al cielo y las gotas cayendo por su cuerpo, le encantaba estar bajo la lluvia, la hacía sentir libre. De repente, sintió un escalofrío y un brazo sobre su cuello.

—No te muevas o te mato —dijo Aris muy cerca de su oído derecho.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? —preguntó Meli atemorizada.

—No te importa —contestó burdamente.

Aris llevaba una capucha en la cabeza para no ser reconocido y sacó su catana.

—Podría matarte aquí mismo —indicó Aris.

—Eres un cobarde, ni siquiera me vas a dar la oportunidad de luchar, ¡enfréntate a mí en igualdad de condiciones, si eres valiente, y veremos quién mata a quién! —chilló Meli valerosa.

—Ja, ja, ja, si va a ser valiente la niña —dijo Aris riéndose.

—No soy ninguna niña, y sé luchar, te lo puedo demostrar —indicó Meli apretando los dientes con furia.

—Veremos lo que eres capaz de hacer —expresó Aris mientras soltaba su agarre.

Entonces Meli cogió su espada del suelo y se puso en posición defensiva.

Meli se lanzó a por él con el arma en sus manos y este paró su ataque, esta volvió a luchar y le rajó el pantalón por la rodilla saliendo de ella un hilo de sangre.

—No está mal, ahora me toca a mí —dijo Aris.

Este se abalanzó sobre ella, pero esta paraba todos los golpes y era muy ágil. Aris usó su fuerza y la derribó, cayeron los dos al suelo, Aris encima de ella, aplastándola, cogió su catana con una mano dispuesta a matarla mientras con la otra la sujetaba. Meli cerró los ojos pensando en su fin y Aris le cortó un mechón de su rubio cabello.

—El trofeo de una bruja, con él haré magia y acabaré con tu ciudad —comentó Aris triunfante, pues, aunque sabía que eso era mentira, tenía que poner una excusa de por qué la dejaba con vida, no sabía por qué, pero no podía matarla.

Aris se levantó rápidamente y se fue corriendo, no fuera que la chica diera la voz de alerta y le persiguieran.

Cuando llegó a donde supuestamente tenía que estar Bell, este no se encontraba allí, «seguro que ha regresado al castillo», pensó.

Llegó al portalón y cuando entró vio a su padre con los brazos cruzados y a Bell con él, su amigo había llorado y tenía una raja en la mejilla que le había hecho su padre.

—Me has desobedecido, nunca pensé que serías capaz, Bell no nos dijo dónde estabas y ha sufrido su castigo, pero yo sabía que volverías y ahora vas a saber lo que se sufre por desobedecerme —comentó Oku cabreado.

Aris, que ya se había quitado la capucha, se estremeció del miedo, sabía que el castigo sería duro, su padre era

temible, y viendo la cara de su amigo…

En medio de la plaza del castillo recibió veinte latigazos, Oku lo hacía delante de todos para infundir mayor temor, si le hacía eso a su propio hijo, qué no haría a los demás si le desobedecían. Después de los latigazos casi no podía andar, la sangre de la espalda goteaba el suelo e iba dejando rastro por donde pasaba; Bell se acercó a él para ayudarle y Aris pudo ver más de cerca la herida de su amigo, tenía rajada la mejilla desde el ojo derecho hasta la comisura de la boca y, aunque se la habían curado, Aris pensó que le quedaría una horrible cicatriz en la cara, igual que a él le quedarían las cicatrices en la espalda.

Bell le llevó hasta su habitación y se marchó, no sabían qué decirse en ese momento, su día había finalizado de la peor manera posible y encima se recriminaba por no haber podido matar a la joven de Luzmag, todavía sentía en su puño el cabello de esta, lo había apretado con fuerza cada vez que sentía un latigazo en su espalda.

Llamaron a su puerta y una doncella entró con un cuenco con agua y un paño para curar sus heridas.

—Me envía su padre —dijo esta mientras se acercaba a él y este se dejaba hacer, estaba dolorido y lo único que quería era descansar y olvidar ese día para siempre.

Entretanto, en Luzmag, cuando Meli llegó a su casa estaba temblando y no era solo del frío.

—Estás hecha un despojo, hija —dijo su madre horrorizada al verla.

—Lo siento, mamá, me pilló la lluvia —comentó.

—¡Qué le ha pasado a tu pelo! —chilló al ver que la faltaba un mechón en el lado derecho.

—Me lo enganché con una rama, mamá —mintió Meli.

—Llamaré a la doncella para que te lo arregle, sube a quitarte esa ropa mojada antes de que cojas un resfriado —dijo su madre, Julia.

Meli, antes de ir a su cuarto, pasó por la sala de magia

donde estaba el maestro de los magos de Luzmag, estaba atemorizada y quería saber si con un mechón de su pelo podían derribar a su cuidad. El maestro le dijo que eso no era posible y se quedó más tranquila.

Cuando llegó a su habitación, se duchó y se puso ropa seca, estaba sentada en la cama pensando en el joven que la había atacado, «seguro que era de Demomag», pensó, justo en ese momento entraba por la puerta de su habitación su hermana Mill, que quedó espeluznada al ver su cabello, se acercó a ella y la empezó a peinar mientras le contaba lo bien que se lo había pasado cuando había vuelto del bosque mientras ella continuaba practicando con su magia, Mill había disfrutado haciendo la tarta de frutos rojos con su madre, una tarta que a las tres les encantaba.

Al cabo de unos minutos, llamaron a la puerta y entró su doncella para arreglarle el cabello, Mill le dio un beso en la mejilla a Meli mientras dejaba a la doncella que nivelara el corte del pelo de su hermana y se iba a su habitación.

Capítulo 3
Masi

Pasaron dos años y los padres de Mill ya la comprometieron con un chico de familia noble, cuando cumpliera los veinte años se casarían y no tardarían en tener descendencia; pues era importante continuar con su estirpe. Ella estaba contenta porque el joven era apuesto y rico, pero Meli no quería pensar en ese momento, mientras la dejaran seguir practicando con la magia y con su espada ella era feliz, ya dominaba todos los fenómenos atmosféricos, pero seguía ejercitando el poder de la invisibilidad y estudiaba los libros sobre su país. Descubrió que a sesenta kilómetros de su ciudad se encontraba una ciudad llamada Saleri, que era conocido por su mercado y porque convivían seres de muchos lugares. «Me encantaría vivir allí, algún día iré», pensó.

Mientras tanto, a veinte kilómetros de Luzmag, en la ciudad de Demomag, Aris se había convertido en un joven de diecisiete años, grande y fuerte con enormes ojos color turquesa. Este tendría que elegir esposa para casarse, pero todavía no había encontrado ninguna chica de su agrado, él solo pensaba en la lucha y en seguir practicando con la catana, que ya casi dominaba a la perfección. Su padre le dijo que, antes de elegir esposa, le mandaría a una expedición a la ciudad de Saleri, donde conocía a un elfo que

podía enseñarle el manejo de más armas, quería que su hijo se convirtiera en un gran guerrero.

—Hijo, cuando cumplas veinte años, partirás solo a Saleri, allí, el elfo Dans te enseñará el manejo de diversas armas. Deberás ir solo para que nadie sospeche, aunque allí encontrarás seres de muchos lugares, deberás tener cuidado y nunca decir quién eres —le advirtió Oku.

—De acuerdo, padre, iré con cuidado —contestó este.

—Solo podrás estar tres años, después volverás para casarte, tener descendencia y planear el ataque a la ciudad de Luzmag —dijo Oku.

—Así haré, estarás orgulloso de mí —contestó Aris.

Y se estrecharon la mano, como hacían siempre que llegaban a un acuerdo.

Entretanto, en Luzmag, Meli hablaba con sus padres sobre su futuro, pronto le elegirían un marido fuerte para tener descendencia y que lucharía al frente de su ejército contra la ciudad de Demomag.

—Padre, ¿y si no quiero casarme? —preguntó angustiada Meli.

—Hija, eso no es posible, es muy importante tener descendencia para seguir con nuestro linaje. No te preocupes, buscaremos un hombre fuerte y valiente —contestó su padre.

Meli se sentía apesadumbrada, lo que deseaba era salir de su ciudad y conocer otros lugares, no quería que su vida solo se limitara a tener descendencia, sentía que podía hacer más cosas y que tenía mucho que aprender. «Me escaparé», pensó.

Seis meses después, una noche, Meli, en un despiste de los guardias de su ciudad, se escapó, cogió ropa, comida y la espada con la que practicaba, y por un desfiladero que muy pocos conocían apareció en el bosque, avanzaba con

cuidado, pero con valentía.

Por el camino escuchaba ruidos de diversos animales y empezó a caminar más deprisa. «Tengo que alejarme todo lo que pueda, seguro que no tardarán en darse cuenta de mi huida», pensó.

Al estar oscuro no se dio cuenta y se chocó con una valla de madera, la saltó y vio una casa que echaba humo por la chimenea. «¿Quién vivirá aquí?», se preguntó. Decidió llamar, sentía gran curiosidad y temía encontrarse con algún ser aterrador a esas horas en el bosque. Le abrió la puerta una mujer de pelo rubio, ojos verdes y un poco más baja que ella.

—Hola, joven, ¿qué te trae a estas horas por aquí? —preguntó sorprendida la mujer, aunque por sus rasgos dedujo que era de Luzmag, como ella.

—Perdone que la moleste, me llamo Meli, me dirigía a Saleri y me he perdido.

—Ese pueblo está muy lejos y de noche hay muchos peligros. Me llamo Masi, y será mejor que pases la noche en mi casa y mañana retomes tu camino.

Meli se lo agradeció y accedió al interior de la casa, pudo ver que era más grande de lo que parecía por fuera, disponía de un amplio salón con una chimenea, dos habitaciones, un baño y desprendía un olor a romero que imaginó que era por la planta de flores blancas que había encima de la mesa del salón en un jarrón verde. Masi la ofreció algo de comer, galletas de jengibre recién horneadas y con forma de corazón que a Meli le encantaron, y le enseñó una habitación en la que se podía quedar, esta tenía una cama pequeña con dos mesillas a los lados y un pequeño armario; aunque Masi vivía sola, le gustaba conversar y era muy hospitalaria.

Al día siguiente, Masi le dijo que se podía quedar con ella el tiempo que quisiera, que a ella no le molestaba su presencia. Meli se dio cuenta de que podía aprender muchas cosas de aquella mujer y decidió quedarse un tiempo.

Masi dedicaba su mayor tiempo a buscar plantas curativas.

—Es muy importante, cuando te encuentras fuera de la ciudad, saber qué planta puede desinfectarte una herida o bajarte la fiebre…

—¡Qué interesante!, si no te importa, quiero aprender todo lo que me puedas enseñar —exclamó entusiasmada Meli.

—Claro que sí —contestó Masi con una sonrisa, le encantaba poder enseñar sus conocimientos sobre las flores que había aprendido de su abuela.

Con una cesta en la mano, Masi iba recogiendo una serie de plantas.

—Mira, Meli, esta es medicinal y difícil de encontrar, si te encuentras mal, la puedes masticar y a la hora te encontrarás mejor, se llama flor de Iro —dijo mientras señalaba una flor rosa con pétalos azulados. Siguieron andando y Meli se acercó a una flor naranja, iba a cogerla, pero Masi se lo impidió—. ¡No la toques!, esa es venenosa, con solo tocarla te sale un sarpullido, no te digo nada si te la comes —comentó Masi.

Meli estaba muy sorprendida y complacida con todo lo que estaba aprendiendo, había decidido hacer un libro con todas las características de las flores, eso le serviría para el futuro.

Pasaron bastante tiempo observando las plantas del bosque que tenían a su alrededor, pero sin irse muy lejos de la casa, disfrutaban mucho de la compañía la una de la otra.

Una noche, mientras cenaban, mantuvieron una conversación, a Masi le incomodaba sacar el tema, pero necesitaba saber si era verdad lo que había escuchado.

—Meli, ha llegado a mis oídos que están buscando a una joven con los rasgos como tú.

La joven se atragantó y la miró, «ahora tendré que volver y casarme», pensó apesadumbrada.

—Yo no te voy a delatar, Meli, no te preocupes, si has tenido que renunciar a todas las comodidades y a una vida en el reino seguro que es por un buen motivo —indicó Masi.

—¿Conoces el reino de Luzmag? —preguntó Meli intrigada.

—Sí, lo conozco muy bien, mi marido luchó en esa estúpida guerra contra Demomag que se remonta a antes de que yo naciera, yo quería acompañarle, pues para mí era lo más importante en mi vida, pero ya sabes que las mujeres no podemos ir a la guerra por orden del monarca, una estupidez, pues somos igual de válidas que ellos. Una noche un soldado me entregó la mala noticia de que mi marido había muerto luchando, entonces decidí apartarme de todo e irme a esta casa, que era de mis abuelos, la arreglé y desde entonces aquí estoy, han pasado cinco años y lo sigo echando mucho de menos, a veces pienso que él te ha enviado a mí para no sentirme tan sola.

—Lo siento, Masi —dijo Meli acercándose a ella para abrazarla.

—Lo sé, lo sé… y ahora será mejor que nos separemos o harás que se me salten las lágrimas, ya he llorado mucho en mi vida y no quiero llorar más.

Cinco años antes, en Luzmag…

Masi iba caminando por las callejuelas, se había quedado una tarde muy bonita con el sol iluminando su ciudad, además, hacía una semana que Demomag no les atacaba.

Masi iba a comprar una funda para la espada de Ralf, su marido, en la tienda de Rudol, un anciano amigo de sus padres que tenía una tienda en un pueblo próximo, donde vivían sus abuelos, era el cumpleaños de su marido y quería darle una sorpresa.

—Hola, Rudol, estoy buscando una funda para la espada

de Ralf, pues mi marido hoy cumple veinticinco años —dijo ilusionada nada más entrar en la tienda.

—Cómo pasa el tiempo, parece que fue ayer cuando os casasteis y ya lleváis un año —comentó el anciano con cariño.

—Fue el día más feliz de mi vida, pensaba que nunca me lo pediría, ja, ja, ja —dijo rememorando el momento.

—Sí, le ha costado, ya sabes que siempre ha sido muy tímido.

—Sí, es verdad, todavía me acuerdo cuando llegó con su familia a Luzmag con solo siete años, lo que me costó que me hablara, pero ya sabes que yo siempre he sido muy insistente —comentó Masi con una sonrisa.

—Ja, ja, ja, nunca podías estar callada, y menos ver a alguien que no hablara, ahí estabas tú para romper ese silencio.

—Ja, ja, ja.

Rudol le enseñó la funda más bonita que tenía en su tienda, era blanca, con el dibujo de un elefante, se decía que ese animal simbolizaba la buena suerte.

Esa noche, cuando Masi llegó a casa, preparó una cena especial por el cumpleaños de su marido y una hora más tarde entró él por la puerta.

—Qué bien huele, cariño —dijo acercándose a ella para besarla.

—¡Felicidades, mi amor! —contestó Masi tras devolverle el beso.

—No tenías que haber preparado nada, cariño, ya sabes que, con tu sola presencia, yo soy feliz.

—Quería que fuera especial, veinticinco años no los cumple uno todos los días.

Cenaron y Masi le entregó el regalo.

—Es una funda preciosa, mi amor.

—Me alegro de que te guste, el elefante simboliza la buena suerte —comentó con una sonrisa.

—A mí no me hace falta, yo ya la tengo, te tengo a ti.

Esa noche se hicieron el amor apasionadamente, prometiéndose que siempre estarían juntos.

Al día siguiente, un soldado de Luzmag llamó a su puerta y Ralf abrió.

—Tu pueblo te necesita, has sido reclutado para la guerra, irás en las filas del ejército de Luzmag contra la ciudad de Demomag —dijo el soldado.

Esa tarde Ralf salió de su casa dándole un beso a su mujer para no volver nunca más.